

12



EL ECO TAURINO

ALBUM

PRIMERA
SERIE

AÑO 1912

MADRID

PRECIO: 1,50 PESETAS



ALBUM



ALBUM

DE EL ECO TAURINO



PRIMERA SERIE

DIRECTOR - PROPIETARIO:

— DON MANUEL GARCÍA Y GÓMEZ


IMPRESA
DE LA
BOLSA



Juan de Mena
2
MADRID

Originales de L. MOYA DE ARPÍ —
Fotografados de F. GONZÁLEZ



+



Lector amigo:

Si para tí, lector estimado, tuviera mi firma todos los honores del más impenetrable anónimo, nada te diría. Hicieras lo que hicieras, estabas en tu derecho; mas si por el contrario, mi firma, mi pobre firma, que apenas prodigué en los infinitos artículos que llevo escritos, no fuera un secreto, y conocieras, por tanto, mi manera de hacer crítica taurina, algo caústica en el fondo, según dicen porque de ello no me he dado cuenta, pero dulzona á ratos y humorística en otros, cierra el libro y no continúes leyendo. En estas páginas yo no soy yo ó no aparezco tal como tú me supones, porque yo dejé de ser lo que soy ó no soy lo que debiera de ser, y no quiero defraudarte. Ahora, si eres amigo, entusiasta ó admirador de algún diestro, bueno ó malo, que bueno será para tí en el momento que le admiras con la fe del entusiasmo ó con el cariño de la amistad, busca lo que más te agrade, y perdona si mi manera de pensar, algo libre, no se acomoda á la tuya. Y si por el contrario, ya seas amigo ó no seas amigo—que de amistad das gallardas pruebas en el momento que pasada la pícara curiosidad que trae sobre sí todo libro editado con esmero y relativo lujo, comienzas á desmigajar el contenido de estas mis pobres impresiones—quieres conocer algo de lo que digo, de lo que he visto y he vivido, ya que muchos escriben de lo que no han vivido ni visto, entonces, continúa leyendo.....

¿Pero en estas páginas—una vez satisfecha tu curiosidad, dirás tú, lector, y antes de que tú lo digas te salgo al encuentro por el camino del atajo—no están todos los diestros que debieran estar, y en cambio están algunos que no debieran? Tienes razón en todo; pero fíjate bien, que esta es una primera serie de las varias que pienso publicar, si la salud no me falta y tu apoyo incondicional no me abandona, porque de tu apoyo he de menester tanto ó más que de la salud, con ser la salud el don más preciado de la vida. Pude, en esta mi primera serie ó mi primer libro, guardar un orden de rigurosa antigüedad, ya que no de méritos, porque los méritos tienen diferentes pareceres vistos á través de diversos temperamentos. Pero las impresiones de todos los que han llegado al límite de su carrera tienen un algo de parecido, porque todos, cada uno en su estilo, han tenido que sostener las mismas luchas y han sentido las mismas zozobras por llegar. Yo quise, para hacer más amena esta lectura, presentarte indistintamente varios apuntes de algunos diestros, para que de este modo pudieras apreciar el sugestivo contraste que ofrece el que se va empujado por los años, con el que viene empujado á su vez por sus ambiciones y deseos. En series sucesivas irán otros, y por ellas desfilarán otros matadores de toros, más ó menos olvidados ó más ó menos buenos—que buenos lo son todos según por el lado que se los mire—algunos novilleros que lo merezcan, ganaderos de nota, aficionados y revisteros consagrados, que justo es, ya que por obligaciones del oficio sólo sirvamos para fabricar pedestales á los demás.—L. M. DE A.





En este circo taurino se ha celebrado este año, comparado con el anterior, menor número de corridas, pues las suspensiones han abundado por diferentes conceptos. Se han verificado 24 de toros y 22 de novillos, incluyendo en éstas las becerradas, que también dan su contingente. De las 24 corridas 21 corresponden á la empresa Mosquera, y las restantes, á la Asociación de la Prensa, Diputación Provincial y Asociación de toreros. Por este ruedo han desfilado toros de las más renombradas ganaderías, y los fracasos han superado con exceso á los éxitos. De la parte mala se ha llevado el premio López Quijano, por la corrida que presentó en la 12.^a de abono, celebrada el día 2 de Julio, y en la que se foguearon cuatro toros. Y en la parte de los aciertos merecen citarse las ganaderías de Miura y de los Herederos de D. Vicente Martínez que obtuvo el premio en el concurso de vacadas andaluzas y castellanas. Han actuado los matadores siguien-

guientes: Fuentes, *Machaquito*, Vicente Pastor, *Gallito*, *Cocherito de Bilbao*, *Mazzantinito*, *Regaterin*, *Bienvenida*, *Relampaguito*, *Manolete*, *Gaona*, *Chiquito de Beñoña* y *Punteret*, Malla y Luis Freg, que confirmaron sus

sus alternativas. El trabajo de los diestros también ha estado en relación con los méritos de los toros. Se han celebrado 16 novilladas: la primera en 19 de Febrero y la última en 5 de Noviembre. Por lluvia no se pudo empezar antes y por la misma causa no pudo prolongarse más la temporada. El que más novilladas ha toreado ha sido *Celita* que aparece con ocho y después le siguen *Torquito* con siete, Fuentes con seis, *Vázquez II* y *Pastoret* con cuatro, y *Dominguín*, Rafael

Gómez y Rosalito con tres. Con dos están *Pacomio*, *Larita* y *Lecumberri*, y con una *Cortijano*, *Zapaterito*, *Jaqueta*, *Recajo*, *Rodarte* y *Corcelito*. El que más novillos ha dado Olea, que aparece con 16, y el que menos Trespalacios, con dos.



PLAZA DE TOROS
DE
MADRID

ANTONIO Fuentes nació artista y vivió la vida del arte. Tuvo dos enemigos terribles. Su indolencia andaluza y su gesto despectivo. Sin embargo, su gesto resultó siempre artístico y gallardo, aun en las tardes más desgraciadas de su etapa torera. Su vida de novillero fué breve, como breve fué su estancia al lado de *Cara Ancha*, de cuyos brazos se deshizo para convertirse en matador de toros. Y cuentan que por aquella época, no se daba mala maña en eso de meter el brazo, llegando con la mano á los morrillos. Su fama se consolidó en la trágica tarde de la muerte del inolvidable *Espartero*, ganando en buena lid, con sin igual proeza, el primer entorchado de admirable y puntonoso matador. Su clásico estilo y su altanera gallardía, diéronle renombre merecido, en época que abundaban los buenos toreros y los excelentes matadores de toros. Luego, hubo un alto en su carrera. El fácil estoqueador de reses bravas, perdió su terreno, aunque siempre salió á flote el torero elegante, de líneas correctas y de sabor clásico. Hizo, como otros muchos, su viaje á América, y de allí, sea porque las reses no ayudaban ó porque el matador tenía que hacer más por las reses, tornó más seguro con el estoque, llegando con la mano al pelo y redondeando así su figura para colocarse, por ausencia de unos y otros y por sus méritos también, en primera línea de la grey tau-rina.

El percance sufrido en Zaragoza, que fué terrible, de esos que ponen á prueba el temple de un torero, lejos de hacerle perder terreno

por la carencia de facultades, aún le hicieron avanzar un punto más al afianzarse sobre la pierna derecha al arrancar á matar, sin tranquillos, siempre adelante, recto y exponiendo más de lo que exponía en sus comienzos de torero.

Pero, ¡ay!, los años pasan y con los años pasan también las ilusiones y los entusiasmos. El artista, en una tarde triste, porque tristes son las tardes de los amargos desengaños, vió las primeras canas en su cabeza y las primeras arrugas en su cara y los primeros abandonos en sus facultades. Sintió frío y desaliento. Volvió la vista atrás y vió también que los otros, más jóvenes que él, con más entusiasmos, sin arrugas y sin canas, venían empujando, camino de la vida, como empujó también él en sus mocedades, cuando los otros más viejos, estaban en el ocaso de su carrera. El artista quiso sacudir su indolencia andaluza y borrar su gesto despectivo. Era tarde ya. Y resignado ante la tangible realidad, despidióse del buen público de Madrid, en tarde gloriosa para él.

Yo no sé si en aquella tarde pensó bien ó pensó mal. Ello es que no pudiendo sustraerse á la vida del arte, marchó á Montevideo y de compromiso toreó luego una corrida en Murcia y ya de hecho se contrató para México é hizo promesa de proseguir en las plazas españolas. Pero había un inconveniente muy grave y muy difícil. ¿Cómo lo recibiría el público de Madrid? ¿Se acordaría de su despedida? Modestamente, de refilón y á manera de prueba, tras de no pocas vacilaciones se contrató para la vecina pla-



ANTONIO FUENTES

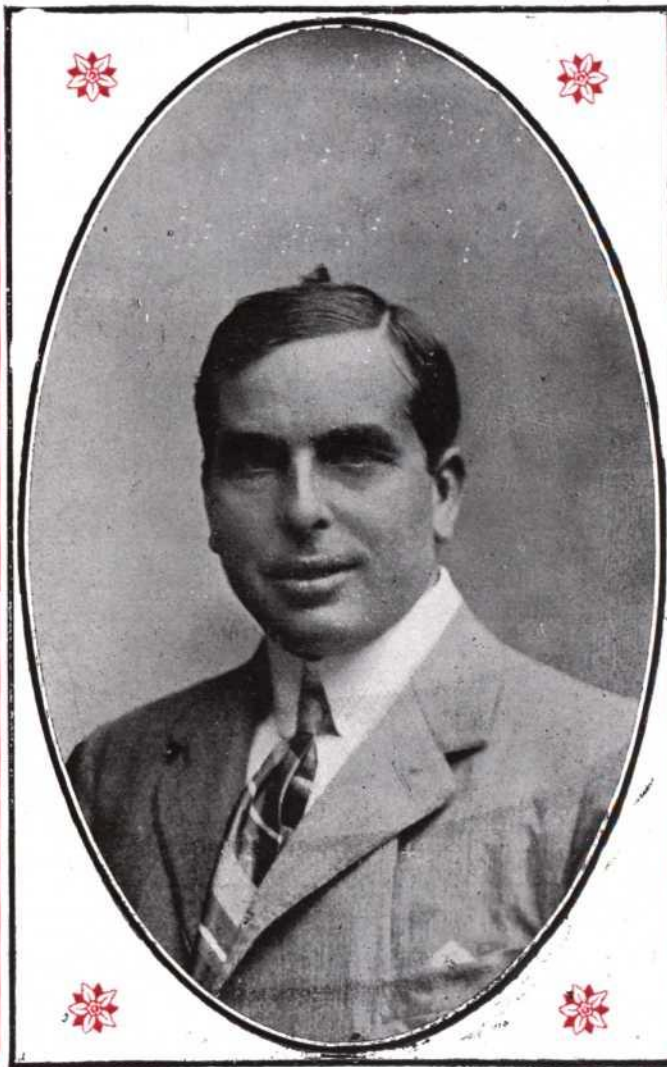
za de Aranjuez. Y el buen público de Madrid, todo corazón y nobleza le abrió los brazos y lo trajo á la plaza de sus triunfos. Después ha caminado sobre ruedas solicitado por empresas y aplaudido por el público.

Antonio es el eterno niño. Gusta del halago y el mismo halago fué causa de sus muchas inconstancias.

La vida del burgués será tranquila y apacible pero tiene una monotonía desesperante. ¿Y por qué no seguir así, en la lucha, soñando y soñando siempre, con lo que fué su vida y su afición hasta que los achaques y los años, le vuelvan á la realidad?

José García (Algabeño)

CUANDO de La Algaba vino aquel mo-
zalón, de fornido cuerpo, de insi-
nuante mirada y de bronceada tez, pre-
guntábase inquieto á su protector y ami-
go, al ver que por el recortado horizonte
de la real residencia, aparecían densos
nubarrones:—Y diga usted, don Francis-
co, ¿lloverá mañana?—Y como si no hu-
biera concretado bien su pensamiento,
repetía compungido:—¿Se suspenderá la
corrida de mañana? Y el buenazo de don
Francisco Mata, su amigo y protector,
que á través de aquella corteza tosca,
veía el alma sencilla de un niño, reía y
le alentaba. Tras de los nubarrones,
también vendrían días claros. Y vinieron
los días claros, y el inocente pueblera,
fué perdiendo su ruda aspereza campesi-
na, para adquirir el suave barniz corte-
sano. Su irreprochable y segura manera
de matar corto y derecho, llegando con
la mano á los morrillos, dióle pronto y
rápido, un merecido y popular renombre.
Y el que vivió la vida del que sueña y
con los sueños de sus ambiciones vive,
pasó luego á ser colono donde estuvo de
criado y el colono aumentó sus dominios
y fué el amo casi de su pueblo, dueño y
señor querido y respetado; y como tenía
amor á los suyos y cariño al pedazo de
terreno donde vió la vida y el sol de su
tierra, que siendo el mismo, no se parece
al de los otros, fincó allí y su casa nunca
tuvo puertas ni ventanas, cuando la cari-



dad llamó en esas tristes y largas noches
invernales.

Y el colono, en su doble condición de
torero y campesino, preguntaba también
en épocas de sequía, como en aquellos
tiempos de incertidumbres é impacien-
cias, pero en distinto sentido:—¿Lloverá
mañana? La tierra nunca fué ingrata y
siempre correspondió al que supo tratar-
la con cariño. Hará dos años, que en una
tarde marceña, un poco húmeda y otro
poco ventosa, no faltó un Yago que insi-
diosamente soplara en los oídos del tran-
quilo solitario de La Algaba:—¡Por allá,
en la corte, dicen los cuitados que no fal-
ta quien ó quienes, más ó menos corto ó
largo, matan tanto ó más que tú! Al oír-
lo, se irguió bravamente y sacudiendo
su indolencia campesina, vino á Madrid
trayendo en la cabeza, como sus íntimos
aseguraban, *las mismas cosas* que
cuando comenzó su carrera.

Volvió después, confiado en éxitos pa-
sados, encontrándose enfrente de un pú-
blico hosco y huraño y algo tornadizo,
por eso mismo que vive sólo de la impre-
sión palpitante y del presente. Y el colo-
no, el hombre del campo, el hombre aman-
te de su terruño, ante una nueva lucha,
cuando la hora de las ilusiones había pa-
sado, dobló la cabeza resignado, y sin
ruido, ni aparatos, tornó á La Algaba.
Hizo bien. La tierra es siempre más cari-
ñosa y más humana que los hombres.



Ricardo Torres (Bombita)

Si á mi amigo Rebollo le hubieran dicho hace casi una veintena de años, que aquel niño enleque y asustadizo, que su her-

mano Emilio llevaba de la mano con solícito cariño por las calles cortesanas, había de llegar á ser, al correr del tiempo, el hoy famoso Ricardo Torres, el mismo *Tío Campanita*, tan hecho á la madera de los matadores del corte y tipo de *Frascueto*, se hubiera reído lindamente. ¿Y para qué recurrir á la opinión ajena cuando puedo servirme de la propia? Yo mismo, el año 94, á raíz de la muerte del *Espartero*, asistí á la presentación de Ricardo y de Rafael Gómez, en Barcelona, y en calidad de niños adelantados. Y en mis crónicas taurinas, pues por aquel entonces actuaba de revistero en *Las Noticias*, importante diario barcelonés, apunté la valentía innegable del uno y la elegancia y suavidad del otro, para el cual eran las palmas y atenciones.

Después siguió el novillero y más tarde, el matador de toros, siempre valiente, con una decisión dura, enérgica como impuesta por una inquebrantable voluntad.

El niño enleque se transformó en el hombre ágil, fácil, suelto y no por obra de la naturaleza en su propio desarrollo, sino por la fé y constancia del interesado, que se martirizaba asimismo y se imponía una obligación, no un día y otro día, sino un año y otro año, fortaleciendo sus pulmones, ensanchando la cavidad torácica y dando á sus músculos elasticidades de goma y resistencias de acero.

Yo lo he dicho muchas veces. Ricardo Torres es uno de los pocos toreros que sabe por qué tiene la cabeza encima de los hombros. Amigos suyos son todos aquellos que solicitan su amistad y de admiradores los tiene hasta en sus mismos enemigos.

Piensa hondo y lejos; mide y calcula lo que es materia aprovechable y no admite el halago, porque está poseído de lo que es. Hombre corriente de mundo, es afable y servicial y con su eterna sonrisa tiene la habilidad de no molestarse aparentemente y de escuchar con calma las tonterías que dedican á los hombres de esta talla, los seres impertinentes que han venido al mundo para amargarnos la existencia. En la esfera del arte ha sido un revolucionario.

Ha roto lo clásico del toreo y ha hecho un estilo suyo, muy movido, excesivamente inquieto, pero efectista, alegre, bullidor, que distrae, convence y acaba por entusiasmar. Lo que en él resulta arte y gracia, en un imitador produce efecto contrario.

No es aragonés, pero merecía serlo. Sus campañas contra Miura y contra Mosquera y contra varios empresarios por sostener las sustituciones en beneficio de sus compañeros, son bien conocidas. En lo más recio de la pelea, tontamente, quedó fuera de combate. Un pequeño resbalón en la plaza del Puerto de Santa María lo dejó inutilizado.

Y á pesar de eso, y de su forzoso alejamiento, con un haber de 15 corridas á lo sumo, sin torear y sin poder exhibirse en los circos taurinos, su cartel sigue consolidado y si me apuran, hasta más seguro y más pujante que en la época de mayor tronío.

Y este detalle que anoto lector, define por modo admirable, lo que es y lo que puede este diestro que con todos sus defectos de inseguro matador, ha llegado donde solo llegan los escogidos.



Un manojillo de nervios, una terquedad de baturro y un corazón más grande que la Mezquita cordobesa. Tales son los componentes del diestro Rafael González, *Machaquito*, con los cuales ha conseguido llegar al puesto que hoy ocupa. Tiene el tesón y el amor propio del anterior y una valentía desarrollada en toda su medida. La del otro es la valentía que dá la propia conciencia del que puede y sabe, y sabe además, lo que puede y hasta donde puede. En la de *Machaquito* se rebasan los límites de la prudencia y con ella subsana muchas veces, defectos del perfecto lidiador de reses bravas. La fiesta de los toros ha sido, es y será, espectáculo de emoción y de nervios. La difícil facilidad no convence muchas veces, por eso mismo de su facilidad aparente. Además, *Machaquito* representa la eterna figura del luchador. Luchó de banderillero, cuando alternó con el malogrado *Chicuelo*, al cual conservó cariñosa amistad. Y luchó más tarde, cuando hacía la pareja complementaria con *Lagartijo*, su paisano y compañero. Para el pobre Rafae-lillo Molina, eran los halagos y las simpatías. Venía de la buena cepa, y con su solo nombre bastaba para cubrir honrosamente la mercancía. *Machaquito*, era la cenicienta de la casa, y había de exponer más que el otro, para salir airoso en su empeño. Hasta en la tarde de su alternativa en Madrid, mostróse con él, esquivando la fortuna, jugándose a la suerte una antigüedad que la muerte deshizo brutalmente.

Y una vez roto el encanto de aquel amoroso compañerismo, el joven *Machaquito* siguió luchando y luchando siempre, con sus mismos compañeros, más avezados que él, en estos menesteres, y hasta con la misma empresa, que para otros guardaba sus protecciones y cariños. En estos



Rafael González (Machaquito)

apuntes no he de decir si es ó ha sido el matador de clásico estilo, ni el torero ajustado á las reglas del toreo: fácil, suave y elegante. En muchos artículos y revistas, quizás fui demasiado duro ó justiciero con el torero. Y conste, y valga esta confesión sincera que reconozco con toda la responsabilidad de mi firma, que si en las censuras fui más allá de lo que sus amigos aseguraban, no fué por culpa del torero mismo, sino por las exageraciones de sus partidarios, que por reforzar y agrandar la figura del ídolo, llegaron, no solamente á falsear la verdad de los hechos, sino á desnaturalizar el arte taurino, equivocando á la afición. ¡Qué hermosa es la lucha, cuando hay voluntad y fuerza para luchar y en la lucha se vence! Una vida sin lucha resulta monótona, insípida. Aún hoy mismo, cuando ha llegado al pináculo de su gloria y ha saboreado las alegrías del triunfo y los amargores de los desengaños, que también se saborean con más satisfacción cuanto más

se alejan, aparece *Machaquito* con la actitud gallarda del infatigable luchador. Ya no es la lucha por la vida; la eterna lucha por llegar y ser. Es el artista que sigue enamorado de ella, por eso mismo que la debe cuanto es. El tedio de la apacible vida burguesa, le asusta. El alejamiento del teatro de sus triunfos, sería para él la muerte moral. Por eso sigue luchando consigo mismo, que es la más hermosa de las luchas.

Con la temporada del año actual, ha dado gallarda prueba de lo que es y de lo que vale. No ha rehuído la pelea, ni ha esquivado el cuerpo, comprometiendo en una sola tarde, todo el historial de su vida torera. ¿Que tiene graves defectos? ¡Qué duda cabe! Yo los he señalado muchas veces y sobre ellos afiancé muchas de mis críticas, más ó menos censuradas, pero sinceras y leales. Y ante el luchador, me inclino con veneración.

Y este diestro madrileño, ¿por qué no torea lo que debía torear? Dicen y dicen bien sus amigos y admiradores. Tendrá algunos defectos como matador, pero, en cambio, tiene muchos aciertos como torero de clásico estilo. Entonces, ¿por qué unos llegan adonde han llegado y otros se quedan más abajo de donde estaban? ¿No hay por ahí algunos que siguen bullendo sin tener el bagaje taurino de éste, que también es hijo de Madrid? El mismo diestro, allá, en sus intimidades, se preguntará asimismo:—¿Por qué no toreo yo lo que en razón y derecho debiera torear?

Los *públicos* son inconstantes, y las empresas padecen de la misma enfermedad, por eso que sólo atienden al interés de aquéllos, que son los que defienden su negocio. Para los que viven del público, la vida es un eterno teatro donde se representa la comedia de la vida. Mientras el personaje, más ó menos artista, está en escena, la atención del público se reconcentra en él; en cambio, acaba toda curiosidad en cuanto el personaje desaparece de la escena. Para mantener la atención del público mientras el artista permanece entre bastidores, precisa de una habilidad grandísima, cuya exclusiva está, por ahora, en manos de *Bombita*. En el teatro de la vida hay que hacer reír ó hay que hacer llorar. Y mientras el público llora ó ríe, el artista vive.

Decía en un artículo publicado en un importante periódico de Buenos Aires, á raíz del debut de este excelente torero en la plaza de toros del Real de San Carlos (República del Uruguay) en la anterior temporada:

“*Saleri* es un enamorado de su arte. Siente hondamente el toreo y lo traduce en su más bella expresión. Conserva siempre sus líneas más puras y su más refinado clasicismo. El secreto del toreo consiste en saber mandar y parar y este artista de la línea recta, sabe parar y mandar, con esa difícil

facilidad que es tan difícil, por eso mismo de su facilidad aparente. En *Saleri* hay tipo: en su cara brilla el rasgo de artista, y en todas las suertes que ejecuta hay una seguridad matemática. Por eso se le ve con cariño, con respetuosa admiración y en él se saborea lo que es ó debe ser el arte de

torear. Sus lances de capa son tan precisos, de tan clásica hechura, que el toro más bien parece que va atado en los pliegues del capote. Con las banderillas es completo. Cambia por ambos lados admirablemente, sin descomponer la línea. Parea de frente y cuarteando en la cara y levantando los brazos. Y cuando hay necesidad de sesgar, lo hace con tan asombrosa sencillez, que el público no se entera de la dificultad de esta suerte, que es difícil por eso mismo que el toro busca su defensa en tablas. Con la muleta es el maestro consumado y con el estoque expone mucho más que otros cuya habilidad consiste en pasar con ligereza el pitón de los peligros. *Saleri*, como otros muchos, pudo también evolucionar no dando quietud á los pies, ni descanso al cuerpo. Sus amigos muchas veces le aconsejaron en tal sentido, y sus enemigos, que los tiene, como los tiene todo el que vale y se distingue, le han atacado por ese lado. Pero *Saleri* lo ha sacrificado todo al arte tal como lo vió y lo sintió. En caso contrario, *Saleri* no sería *Saleri*, y dejaría de ser quien es y lo que es.”

¿Y por qué no torea más de lo que torea? ¿Es que se ha alejado de los toros? No se ha alejado de los toros, pero sí de este movimiento taurino, de

este engranaje de apoderados y empresas, hoy tan en boga, y de este artificioso mecanismo de ovaciones inventadas y éxitos imaginarios. ¡Quién sabe si el artista, entrenado en estas andanzas modernistas, volverá otra vez de lleno al teatro de sus triunfos en el papel que le corresponde por derecho propio, ocupando uno de los principales puestos en el arte de *Montes*.



Juan Sal (Saleri).

VICENTE Pastor es un filósofo de la vida. Algo adusto por fuera, pero muy humano por dentro. ¡Y quién sabe si de estas filosofías del *británico* madrileño, sacarán saludables enseñanzas y sendos beneficios los que vayan tras él y sigan la escondida senda que en sus añoranzas entonó el bardo solitario.

Desde que Vicente comenzó á distinguirse con el apodo del *Chico de la Blusa*, ha seguido su camino con seguro paso, sin titubeos y sin abandonos, algo duro en el gesto, pero sin contracciones musculares que denotaran alegrías ó amarguras. De novillero logró colocarse en primera línea, haciendo digna pareja con el anterior y llegó á la alternativa despojándose de su *blusa*, que le dió gran popularidad, por la puerta grande, por derecho propio y por reconocido merecimiento. Después hubo su interregno largo, demasiado largo, y debido tal vez á desdenes de empresarios ó tal vez, también, por no recargarlo todo en la culpa ajena, á su incommovible frialdad.

Y Vicente Pastor siguió su camino imperturbable, sin salirse de sus costumbres y haciendo la misma vida que cuando toreaba más de cuarenta novilladas. El público, que antes le acarició con halagador arrullo, mostró su indiferencia molesta. Sus íntimos, muy escasos por cierto, pero que siempre le alentaron con cariño, sintieron también desfallecimientos al ver que el amigo, un año cerraba su temporada con cuatro corridas escasas, lisas y morondas, y al siguiente tenía que emigrar, como uno de tantos, en busca de mejor fortuna, unas veces á México, merodeando por los Estados y sin abordar á la capital, y otros á Lima, viaje muy

largo y penoso. En las dos ó tres corridas que durante este interregno actuó en la plaza de Madrid, vino como de visita, en algún beneficio de poca monta ó para lidiar toros de Coruche, que los otros rechazaban. ¿Es que el diestro habría perdido su denodada valentía ó su inmejorable seguridad en la hora suprema? Nada de eso. Seguía siendo el mismo.

Podían dudar los otros y hasta sus amigos. Quien no dudaba era él. Por eso seguía su camino con seguro paso, sin contracciones en el rostro, algo adusto por fuera, pero siempre humano por dentro.

Y es que el público, caprichoso de suyo, mu-



VICENTE PASTOR

chas veces no aprecia las figuras por lo que valen, sino por el puesto que ocupan. Y sucedió, que en esta interminable noria de la vida, el madrileño volvió á ser el ídolo de sus paisanos, poniendo á prueba, una tarde y otra tarde, su valentía y afianzándose cada vez más, hasta dar el tremendo estirón que al final de la temporada anterior colocó en primera línea, según el balance de Mosquera.

Y, sin embargo, á pesar de lo que había hecho una temporada y otra temporada, las empresas de provincias se mostraban reacias con él, y este es el punto más crítico de la vida torera de Vicente Pastor.

Los que antes significaron su indiferencia, después le solicitan con interés, á buen precio y en condiciones tan ventajosas como á los demás. ¿Era esto lo que deseaba el diestro madrileño? Si conociera sus intimidades de ahora, como conocía las del *Chico de la Blusa*, tal vez pudiera contestar.

Vicente Pastor ha sentido intensamente todas las emociones que puede experimentar el que vive del público. Halagado primero, cuando novillero; despreciado después, y nuevamente ensalzado al correr de los años, cuando surgió en su nueva etapa. Y aun hoy mismo, cuando ha llegado á ser lo que jamás pensó, ha sentido otro amargor más brutal todavía, al ver que el público, nunca harto y satisfecho, exijale más de lo que aquél podía dar. Los primeros puestos son peligrosos, porque la envidia ajena con más ahinco prepara la caída. Afortunadamente, para él, Vicente no ha salido de su paso, ni ha sentido el vértigo de la gran altura.

ENRIQUE Moreno fué un buen aficionado de su época y un practicón en estos menesteres de empresas y apodamientos. *Frascuellista* hasta la médula, pero el mejor amigo de Fernando Gómez y el más acérrimo defensor que tenía *Lagartijo* en el bando contrario. Una tarde en el café de Europa, de Zaragoza, me presentó al maestro *Gallo*. Estaba ya el señor Fernando en el ocaso de su vida torera, que fué su vida toda, pero aún conservaba los rasgos que daban á su fisonomía un aire agitanado

y atrayente. Algo chaparro, con el bello inferior caído y la mirada un sí no es lastimosa y plañidera. Al día siguiente toreaba en Tudela, de Navarra, una de sus últimas corridas, ¡quizás la última! Y bien se portó el veterano con el primer pavo de Zapata que le tocó en suerte: un toro muy largo y muy descarado de pitones. Pocos pases seguidos con la mano izquierda, y sobre el mismo terreno á matar con habilidad. Media estocada delanterilla hasta donde alcanzaba el brazo, y á otra cosa. Por la noche, cuando regresábamos á Zaragoza, el maestro venía triste. — ¡Ya no puedo — nos decía. — ¡Estoy muy viejo, amigo Enrique! Hombre, ¿por qué no haces algo por mi Rafaelito? El niño es canela en rama. — Haré lo que pueda — contestóle Moreno. — Descuida. Es cosa mía. Y Enrique Moreno cumplió su palabra. En la primera ocasión lo presentó en Zaragoza en calidad de novillero. Y qué maña se daría Rafaelito, que después la Empresa, por conveniencia propia, le volvía á poner en el cartel, alternando con el buen maestro en marrullerías, *Morenito de Algeciras*, y con una novillada guapa de Trespacios. El éxito fué redondo, y el artista del toreo aclamado, y tal el entusiasmo que sus faenas despertaron entre los aficionados de la heroica ciudad, que al domingo siguiente vino la tercera presentación de este muchacho, con una media corrida que había de estoquear él solito. La fiesta comenzó admirablemente con un lleno completo y una animación extraordinaria. En el primer toro la cosa fué bien y en el segundo todavía mejor, hasta que salió el tercero, un torete navarro de recortada lámina. El hijo del señor Fernando

echóse el capote al brazo, y así continuó dejando que hicieran los quites los individuos de su cuadrilla. ¡Estará cansado! — decían unos. — ¡Se reservará para después! — añadían los otros, también á modo de disculpa. — Pasó el segundo tercio y llegó la hora fatal, y mi buen Rafaelito tomó los trastos. No he visto nunca mayor habilidad que la de aquel muchacho, para ir precisamente por donde no iba el toro. Y así pasaron cinco minutos, y el público comenzó á impacientarse, y pasaron otros cinco, y el respetable traspasó los límites de la paciencia. Entonces el señor presidente llamó al diestro, y en tono de reproche le preguntó: — ¿Pero es que no quiere usted matar al bicho? — No, señor, — respondióle secamente el muchacho. — ¡Pues irá usted á la cárcel! — gritóle el U. S. — Pues como U. S. ordene — contestó el mozo. Y, en efecto, momentos después y ante la rechifla general del indignado concurso, el hijo del señor Fernando ingresaba en la cárcel vestido de torero...

Han pasado algunos años y ha sido larga la ausencia de este diestro en Zaragoza. Sin embargo, los aficionados de por allá no han perdonado todavía á este diestro la amarga decepción de aquella que, por entonces, fué su última corrida de novillero. Gallito es el vivo retrato de su padre, algo más esbelto en la figura y algo más artístico en muchos de sus detalles de torero.

Por lo demás es el mismo, con todos sus aciertos y con todas sus desigualdades, y como su padre seguirá toreando hasta que se rinda al peso de los años ó al golpe de los infortunios, mimado unas veces y otras censurado agriamente, pero siempre con amigos y admiradores en el bando contrario.



Rafael Gómez (Gallito).

FUE simpático nos resultó en nuestra primera letra de cambio aquel estudiantillo granadino, pulcramente vestido de negro, con su sombrero hongo, de aniñado rostro y ademanes distinguidos! Nos lo presentó su tío Antonio Moreno. El niño acaba de licenciarse en Bachiller, y era cosa antes de emprender más serios estudios, que conociera la vida de Madrid. El granadino apenas hablaba. Miraba á todos insistentemente, con curiosidad verdaderamente infantil. El sentencioso *jobobeta*, y perdone el que fué secretario y siempre leal servidor de *Lagartijillo* esta frase en prueba de confianza, servíale de *mentor* para iniciarle en muchas cosas de la vida.

Sucedía esto que te cuento, lector, en los albores del presente siglo, y para ello servía de escenario la amplia trastienda del concurrido establecimiento que fué de la *señá Ginesa*, viuda de aquel buen aficionado, tan conocido, como lo era el señor Lumbreras. Reuníanse en aquel *sanedrín*, de suyo concurrido y acreditado, aficionados entendidos y entusiastas, gentes de buen humor y de ingenio, y no pocos de los diestros más en boga, y, entre éstos, el auténtico *Chico de la Blusa*, que con ella seguía y á mucha honra. Y eran de ver y de oír aquellas reuniones rebosantes de gracia y de intención, cuando á la caída de la tarde acudían los contertulios para discutir ó comentar las incidencias del día ó los de la corrida anterior, según venían á cuento.

Y así pasó el verano, y á medida que avanzaba el otoño, las reuniones eran más continuas y más prolongadas, como si el Guadarrama fuera empujando á los socios en busca del abrigo de la buena

amistad. Y llegó un día en el que el señor Antonio había de celebrar una consulta difícil cerca de su buen sobrino. Del mismo Granada le instaban con frecuentes requerimientos para que investigara las intenciones que el joven bachiller tenía respecto al porvenir.—Vamos á ver, Pepito —dijole un día que la ausencia de curiosos daba franco paso á la intimidad.—Has terminado el bachillerato con gran satisfacción de todos. Estás en la edad más crítica de la vida, cuando el niño deja de ser niño, y el hombre comienza á ser hombre. Tu padre no quiere torcer mi voluntad...—Hubo un momento de silencio solemne, al cabo del cual continuó el señor Antonio. —Meditalo bien. ¿Qué carrera te gusta más? ¿Quieres continuar en el oficio de tu padre? ¿Has pensado en algo?

Y entonces el estudiante, de aniñado rostro, levantó el suyo algo rojo, efecto de la emoción; pero con sereno y firme acento, contestó con una energía que no dejaba lugar á dudas:

—Sí, tío, lo he pensado. ¡Quiero ser torero!

El señor Antonio dió un salto sobre su asiento. El *mentor* se enderezó sobre su joroba, y á esta rápida escena siguió un silencio prolongado y más elocuente que el anterior.

¡Torero! Demasiado sabía él lo que eso significaba y lo difícil y costosa que era esa carrera ó ese oficio, porque de todo tiene, según el aspecto en que se vea. Y tras de la sorpresa vino la razón argumentada. ¿Y por qué no? ¿No lo era él? Allá en sus mocedades, ¿no había sentido la misma decisión y los mismos entusiasmos? El mismo *Frascué*, en la famosa tarde de su despedida, ¿no había depositado sobre sus hombros el glorioso historia!

de su vida torera? Entonces, ¿por qué no había de serlo su sobrino si tenía decisión, tenía juventud, y con esos materiales podía ir lejos, muy lejos? Lo demás era cosa del tiempo.

Dicho y hecho. Media docena de consejos y unas cuantas lecciones, producto de sabia y entendida experiencia, y enseguida á debutar á manera de prueba en Barcelona. El éxito fué redondo. El niño tenía habilidad, maneras elegantes y facilidad para matar... Había algunos defectillos que el tiempo y la práctica irían perfeccionando. Vino después á Madrid é hizo muy buenas campañas que le llevaron hasta conseguir la soñada investidura de matador de toros.



José Moreno (Lagartijillo chico).



Castor Ibarra (Cocherito de Bilbao)

¿Qué diantre de chico! ¿No se ha empeñado⁹ pues, en ser torero? El caso que no es lerdo. Cosa que te ve, cosa que te hace.—Así nos decía aquel señor bilbaíno con hechuras de franco aldeanote, en el café de Arriaga de la invicta villa, cuando á la hora del relevo se nos presentaba calado hasta los huesos por el molesto y continuo *siri-miri*, el joven Jáureguibeitia, que andando los años había de convertirse en un matador de toros de tantas campanillas como el actual *Cocherito de Bilbao*. Y, francamente, que era simpático el mozo á pesar de aquellos ojos saltones que se destacaban sobre una cara congestionada y sin expresión. En

sus ratos de ocio, cuando lo permitían los descansos del pescante, abandonaba su puesto de servicio junto al puente de Isabel II, y por los pueblos inmediatos, con otros cofrades y colegas, hacía sus escursiones, y en más de una ocasión ensayábase, si aquello podía considerarse como ensayo, en la popular plaza de los Campos Eliseos, que en aquella época explotaban mis queridos amigos Vivancos y Rojas. Y tan de veras iba la cosa, tan arraigadas las aficiones del modesto cochero, y tanto venía empujando el moquete, que unos bilbaínos acordaron celebrar en la plaza de Vista Alegre una corrida con todos los honores, aprovechando las fiestas que por aquel año, al finalizar el pasado siglo, se celebraron en honor de la Virgen de Begoña. Y como en aquel bendito país las cosas son hechos antes de ser pensadas, enseguida se organizó una sociedad por acciones, á cuyo frente figuraban los muy queridísimos amigos Celeya y Primitivo

Curiel, dos excelentes aficionados; tomaron la plaza y contrataron á Antonio Olmedo, *Valentin*, que á la sazón era matador de toros, y á *Cochero de Bilbao*, que había de matar los dos últimos. Comisionáronme para la compra de la corrida, y al efecto recorrí los pastos de Navarra, sin que encontrara cosa de mi gusto, no porque no la hubiera entre aquellas vacadas de tanta nombra-día, sino porque todo me parecía demasiado para el empeño en el que habíamos metido al incipiente torero. Me decidí por una corrida limpia del cojo Lizaso, y tal la prueba fué, que desde aquel momento el joven Jáureguibeitia abandonaba el pescante galeote de sus ensueños, y se dedicaba con

honra y provecho á la profesión de hábil y concienzudo toreador. Como buen hijo de la villa invicta y digno de su raza, nació para la vida activa, y tales campañas realizó y tal empeño tuvo por subir y llegar, que el que guió coches ajenos, pronto pudo envanecerse de guiar automóviles propios.—Y diga usted—me preguntaba un curioso amigo—¿este bilbaíno tan entendido en mecánicas y tan aficionado á los autos, que posee un archivo completo de avíos de pescar y un arsenal de escopetas de todos los sistemas y que es el movimiento continuo, tiene por los toros verdadera afición? Miréle de soslayo, y le repliqué:—¡Pues no ha de tenerla, aunque no sea más que para mantener todas esas aficiones! Ahora le escarabajea en el fondo del magín la adquisición de un monoplano, y lo tendrá, créamelo usted. ¡Vaya si lo tendrá! Es bilbaíno. Y este hábil mecanógrafo, intrépido chauffeur, mecánico habilidoso, que posee automóviles, cañas de pescar con timbres eléctricos y escopetas que *educó* desde pistolas, ha hecho por la afición taurina más, muchísimo más, que muchos que presumen de ser los mantenedores de la fiesta de los toros. Gracias á él, la incipiente afición de la invicta villa, ha llegado á tomar tal incremento con la fundación de casinos, clubs, y la organización de novilladas, á manera de ensayo para los noveles aficionados, que de seguir así, Bilbao podrá competir con la capital que más presume de ser la cuna del toreo. Ved ese plantel de habilidosos y valientes diestros que han resurgido del solar vizcaíno y comprenderán y estimarán lo que vale en sí, la grandiosa labor hecha por este diestro que ha llegado á las 60 corridas, que constituyen el sueño dorado de todos los que se dedican á esta profesión tan arriesgada.

JACINTO Gimeno, que ha sido un catedrático en estas cosas de toros y toreros, pues á su larga y experimentada práctica, unía una intuición clara y perfecta, vió un día á *Mazzantinito* en una de aquellas novilladas económicas que al final de la temporada se verificaban en Tetuán. Estaba el madrileño aperradillo con un toro entre *chaquetado* y manso, y en cada viaje recibía un embroque ó un palotazo sin poderle meter mano de ninguna manera, pues el bicho se ponía por delante ó desarmaba. Y el muchacho cada vez más valiente y siempre atacando por la cara y todo derecho. Jacinto Gimeno, viendo aquella faena y aquel tesón, volvióse á unos cuantos amigos que estábamos á su lado, y nos dijo sentenciosamente.—Este chico es de la madera de los buenos matadores.—¿Pero no tiene recursos? ¡Pudo aligerar, ó matar de otra manera y con mejor resultado! Arguyó alguno de los acompañantes.—¡Bah! replico aquél desdenosamente.—Esos recursos ó esas habilidades se aprenden con los años, y algunos fracasan porque las aprenden antes de tiempo. ¡Dichoso él, si en su vida torera nunca trata de aprenderlos!

Yo no sé si *Mazzantinito* se habrá enterado de lo que dijo de él el viejo Gimeno; pero enterado ó no, bien ha seguido su consejo. Y como en aquella tarde famosa, cuando no era nada, ha continuado valiente, siempre valiente, atacando recto, sin tranquilos y aprovechando bien, cuando el enemigo se prestaba á lucimientos y jugándose



Tomás Alarcón (Mazzantinito)

el pellejo cuando había dificultades que vencer. Y así ha sido y continúa *Mazzantinito*, siempre en su puesto, con mucha alegría en la cara y hecho á prueba de cornadas y algunas de las que hacen vacilar al hombre de ánimo más sereno y de corazón más templado. Pero la fortuna es de suyo caprichosa y en más de una ocasión hizo palidecer sin razón y sin motivos, la buena estrella de este madrileño neto hecho á la antigua usanza, y que si algún defecto ha tenido, si esto pudiera considerarse como defecto, ha sido un genio franco y abierto y algo pródigo de sus intereses, pero muy amigo, excelente amigo de todos aquellos que quisieron admitir y consolidar su amistad. Mas sus decaimientos han sido pasajeros. El hombre templado para la lucha, ha recuperado pronto y con exceso el camino perdido, y ha vuelto á ser lo que era y hasta más cuajado y más hecho, como cumple á un matador de toros de su tronío y condición.

Y hoy que ha luchado y ha sufrido y conoce palmo á palmo los sufrimientos de la lucha, se nos presenta *Mazzantinito* en su solariega casa del coso madrileño, y sin desplantes de dudoso gusto, con un corazón inmenso y una voluntad indomable, artístico, desenvuelto, fácil y seguro, vuelve al puesto de honor y con la plácida tranquilidad que da la propia conciencia y la confianza del que sabe y puede, enfla la proa frente al porvenir.

Y el porvenir siempre está abierto para los hombres de buena voluntad.

Conocí al señor de Boto, en una de sus épocas más lisonjeras, cuando no era nada y sus ilusiones, por lo tanto, hermosas. No había franqueado todavía las puertas de la plaza madrileña, y por ahí fuera reñía descomunal competencia con algunos novilleros del tronío del malogrado *Dominguín*. Habían toreado juntos en Zaragoza y en una novillada sin picadores de cuatro toros del campo navarro á éxito pleno y á ovación seguida. *Regaterín* en el último de la jornada, había hecho una faena emocionante de muleta entre los pitones, y trás de la faena, había dado una estocada hasta la mano á volapié neto, corto y derecho, con ese estilo suyo, muy suyo, que todos admiran, pero que ninguno imita. Estaba el toro con las ansias de la muerte y el torero con tanta despreocupación como inexperiencia, volvióse en la misma cara del bicho para saludar al público que le aclamaba con entusiasmo. El momento aquel fué de rápida emoción. El toro, en un supremo arranque empuntó al diestro por la parte posterior y ambos rodaron por el suelo. *Regaterín* estaba gravemente herido. Tenía lexionado el recto. Mientras en la enfermería le practicaban la primera cura, el pobre, en vez de quejarse no hacía más que repetir con amargo y desconsolador acento.—¡Por Dios que me lleven á Madrid aunque me muera en el camino! Y tanto insistió y tales fueron sus lamentaciones, que aquella misma noche se le acondicionaba en un modesto coche de tercera y con el mozo de espadas de *Villita* por enfermero, se le facturaba para Madrid. A partir de aquella triste jornada, parece que los toros tuvieron empeño en tropezarle, y la suerte, tan

caprichosa de suyo, también puso empeño de herirle sin piedad en cada tropiezo. No he de significar al detalle la triste peregrinación de este torero materialmente acribillado á cornadas, porque sería tarea tan enojosa como molesta. En Barcelona un toro le dió tan brutal

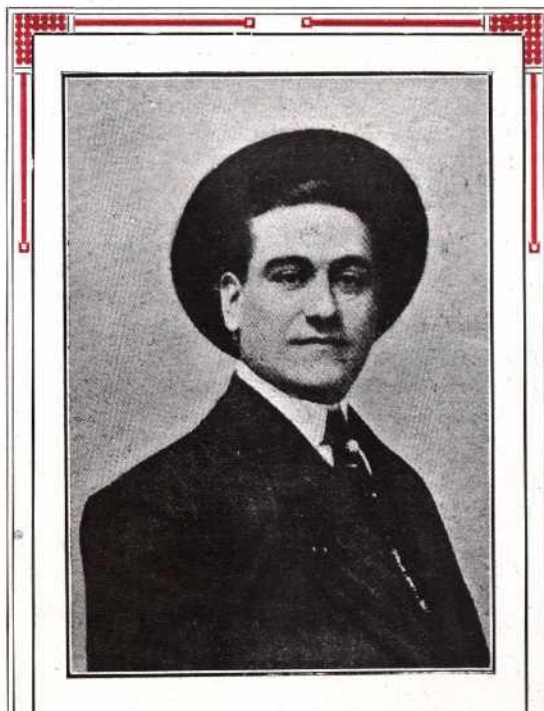
cornada que al desfigurarle el añiñado rostro, dejó como huella de su paso un gesto entre irónico y amargo. Y otro toro en Madrid lo tuvo alejado más de año y medio y sin esperanzas de tornar á la lucha. Y cuando al cabo de no pocos sinsabores devorados en silencio y siempre atenazados por la duda y la incertidumbre, volvía al oficio de sus esperanzas y de sus infortunios, el público, el buen público que vive del presente, repetía incrédulo:—¡Pero aún torea ese hombre! Y así, luchando de nuevo con los toros y con los públicos, que á veces son más rebeldes que los toros, fué siguiendo su calvario hasta que la suerte suya ó la desgracia de los otros hizo que en el coso madrileño apareciera un torero en mangas de camisa que echaba fuera la novillada y se colocaba en el lugar que por derecho y justicia le correspondía. Y desde aquella tarde histórica y famosa, los toros se cansaron de molestarle y *Regaterín* fué asegurándose más y más hasta llegar al puesto que hoy tiene conquistado á fuerza de sangre y de cornadas. Dirán que en este diestro hay siempre un gesto irónico, y que su sonrisa, cuando trata de sonreír, es amarga y que hay en su semblante un no sé qué de escéptico que abre un paréntesis á la intimidad. *Regaterín* ha luchado mucho y cuando se retire podrá decir que el dinero que ha ganado con los toros, está amasado con su sangre



Antonio Boto (Regaterín)

QUÉ diantre de chico aquel cuando le llamaban el *Chico Bienvenida!* Contaba apenas doce años, en la edad que otros muchachos siguen entregados á sus juegos infantiles, y ya estaba él en calidad de torero recorriendo varios pueblos del Mediodía de Francia en unión de unos landeses. Y entre los saltos, carreras, quiebras y cabriolas de aquellos toreros franceses, se destacaba el arte exquisito de este niño, tan hábil con el capote, como artístico con la muleta. Y así fué haciéndose el torero—no sin que antes y á manera de prueba recibiera su bautismo de sangre, que en otro cualquiera hubiera tronchado su vocación—hasta que, entrenado de hecho en las plazas españolas, comenzó á ser el matador de novillos artístico y habilidoso, que suplía las deficiencias del inseguro estoqueador. Yo no he culpado al muchacho en este sentido, porque debido á sus primeros ensayos, el torero vino á la vida activa con algunos años de ventaja al matador. En su brillante época de novillero, el público, menos exigente, dada la índole del espectáculo, admiró al uno y dispensó al otro, celebrando cuando de tarde en tarde venían los aciertos. Luego ya fué más exigente con el matador de toros, hasta el extremo de que muchas veces la inseguridad del estoque comprometía y hasta ponía en aprieto los siempre artísticos, fáciles y elegantes adornos del torero consumado, bullicioso y efectista. Pero sucedió que un día el muchacho se miró por dentro y se vió asimismo tal cual era, y al contemplarse fuerte, con caudal suficiente de sabiduría, espléndido de facultades y dispuesto para la lucha, pensó:—¿Por qué no hacer lo que los demás hacen? ¿No está ahí mi dificultad? ¡Buen ánimo y á vencerla!

Dicho y hecho. Y ante el asombrado público surgía un matador de toros valiente, sereno, decidido, que arrancaba derecho y en corto, sin desviaciones dudosas y sin temor á los pitones, dando el pecho é hiriendo arriba y hasta la mano. Este nuevo aspecto de *Bienvenida*, avalorado con los indiscutibles méritos del torero, hizo que su reputación subiera por momentos, llegando á ser uno de los ídolos en el que depositaba sus entusiasmos el



Manuel Megías (Bienvenida)

buen público de Madrid. Y sucedió que en una tarde de alto compromiso, cuando se había encerrado con una corrida del conde de Trespalacios, tuvo la desgracia de que uno de los toros le hiriera tan gravemente, que ponía en peligro, no sólo la vida del artista, sino también la del hombre.

Yo siempre he creído que estos percances tienen sus consecuencias, no por la importancia de la lesión, sino por la fatal oportunidad de la misma. El último de *Machaquito*, en otra fase de su vida, quizás hubiera producido otros efectos. Cuando el artista seguro y confiado, tropieza al subir la penosa cuesta que encamina al porvenir, sufre un retroceso del que no es fácil reponerse prontamente. *Frascuero* fué lo que fué, y por eso fué como fué. El mismo *Espartero* tuvo sus momentos de duda, aunque se reponía rápidamente. Yo no puedo ni debo exigir que todos los diestros estén fabricados á la misma medida, aunque el público á veces á todos los juzga por igual. *Bienvenida* sufrió el percance aquel en un alarde de torero, cuando á la vez se afinaba el matador de toros. Y el matador de toros ha sido este año, el que ha salido más perjudicado con la avería sufrida por el torero. El público de Madrid ha estado algo severo al juzgar los dos aspectos de este lidiador, poco seguro de sus facultades. Los toreros tardan en reponerse física y moralmente, unos más que otros, pues no todos tienen la fibra de *Regaterín*, que en cada avería sale más curtido y más dispuesto á luchar. Además, en este oficio, cuando se pierde un terreno, sea el que fuere, que antes se dominaba, se tarda algún tiempo hasta conquistarlo de nuevo. Este es el caso de *Bienvenida* á quien abona su brillante historia tan pródiga en éxitos.

En estas páginas debo rendir un tributo de admiración á Vicente Segura, que se fué de España sin terminar sus compromisos y una vez en su país, tampoco quiso adquirirlos dando con ello significativa prueba de una retirada vergonzosa. Sin embargo, no debo ser cruel con el torero millonario que así abandonó el puesto de honor dejando libre el campo á Gaona, su mortal enemigo. En Vicente Segura había dos cosas: la una, buena y la otra, mala. Una era su vocación decidida por el arte mismo, sin idea de lucro. Otra, el precedente que sentó señalando una ruta á sus compatriotas que, en tropel, buenos y malos, con mejor ó con peor fortuna, han arribado á las costas españolas, en justa correspondencia de las remesas que todos los años envíamos para aquel mercado taurino. Vicente Segura, aleccionado por el malogrado Antonio Montes y bajo la protección de Antonio Fuentes después, se presentó en Madrid, sin previo examen, como matador de toros y en corrida de alta significación. Era este un caso único que había de sentar medianos precedentes, como así ha sucedido al correr de los años. Los que han usado de tales procedimientos se han colocado prontamente. Un ejemplo: Gaona, y otro, Luis Freg, aunque éste, por sus precipitaciones anteriores, no se haya cuajado todavía. Los otros compatriotas tardarán más ó menos en consolidarse como le sucede á Rodarte que por estas plazas de provincias continúa de novillero. Pero en honor de la verdad y haciendo justicia al que denominábamos y conocíamos con el remoquete del *torero millonario*, justo es reconocer que él fué quien trajo las gallinas mexicanas de los huevos de oro. El público, y en particular el de Madrid, tenía una

idea muy distinta de lo que eran ó debían ser los toreros de aquel país. Estaba latente el recuerdo de aquel Ponciano Díaz, que á pesar de haber sido un matador seco y duro y de haber alternado con diestros de la talla de *Frascuelo* y *Guerrita*, el público no podía olvidar su extraña presentación, luciendo el traje de charro, con adornos de vivos reflejos y su descomunal sombrero cónico de enormes alas y enlazando toros á caballo y poniendo en acción todo el jaripeo y todo el mangoneo de su país. Y si el jaripeador sin perder el tipo de su raza resultó extraño para el público, más extraño resultó cuando lo vieron vestido de luces y ostentando á la par y hasta con vanidoso orgullo, un bigote lacio y desaliñado.

Desde los tiempos de Ponciano á los de Vicente hay menos distancia que del estilo y tipo del uno al tipo y estilo del otro. Segura, naturalizado por completo con nuestros usos y costumbres, nos dió á entender que el arte taurino había tomado carta de naturaleza en los estados mexicanos, tal como lo sentimos, ó tal como aquí se practica.

Vicente Segura fué valiente en los primeros golpes hasta que recibió uno más intenso que le hizo daño y se *rajó*. De todas las maneras y dejando á un lado al millonario, tuvo aficiones por el toreo; se aventuró y salió bien de una empresa de suyo difícil y comprometida, y enseñó á unos y á otros, lo mismo á los de allá que á los de acá, que el verdadero arte de lidiar reses bravas, no ha sido, ni es, ni será, patrimonio exclusivo de ganapanes ó ambiciosos.

Y al rendir un tributo de admiración, como dije al comenzar estas líneas, en honor de un torero tan apasionado del arte por el arte mismo como lo



VICENTE SEGURA

fué Vicente Segura que así abandonó las comodidades de su casa en pos de una afición y de una afición quizás loca vista á través de ciertos temperamentos, quise presentar la que fué primera figura del toreo mexicano, para que después, al examinar las restantes, hagas lector tu composición de lugar y veas cuán diferentes han sido en sus gustos y orígenes, los diestros que en el transcurso de pocos años han poblado los circos de los estados de México, y han venido á España con afán de recibir la investidura de matadores de toros en la *catedral*, que ellos, reconociendo su manifiesta inferioridad por ahora, llaman á la *madre* España, cuna del toreo...

¿Qué tipo más ridículo el de *Manolete* cuando vino á Madrid para debutar en la plaza madrileña! Llevaba una chaquetilla corta, que le encajaba como á Romanones unas zapatillas de orillo, y sobre sus narices, nada artísticas, cabalgaban unas gafas negras, que daban á su rostro de besugo cocido, un aspecto estupendo y cómico. Pero el cordobés, rígido é imperturbable, seguía su camino sin preocuparse de las chufas de sus compañeros, y hasta hacía gala y ostentación de su ridícula y quijotesca figura en sitios tan céntricos como la calle de Sevilla y la Carrera de San Jerónimo, y en horas tan oportunas y cuando mayor era la circulación por esas vías, que son los nervios más principales de la villa del Oso. ¡Y bastante le importaban á él los *chungueos* de los demás cuando tenía confianza en los méritos propios. ¿Qué habían sido y qué eran en la actualidad *Lagartijo* y *Machiquito*? Dos cordobeses como él, con más ó menos fortuna, ¡pero nada más! Y sucedió que cuando mejoró de la vista, entró de lleno en la plantilla de los novilleros, logrando destacarse por su estilo de buen torero y por sus deseos de llegar con la mano al pelo, aunque la mayoría de las veces se quedaba colgado en las mismas puertas del fiolato, con grave peligro de su físico. Y tales fueron sus adelantos, que la empresa de Madrid acordó incluirle en aquel saldo de alternativas que se realizó como epílogo de la



Manuel Rodríguez (Manolete)

temporada de 1907. Y sucedió también que la misma tarde de su alternativa en Madrid, *Bombita* hacía igual distinción con su hermano en la plaza de San Sebastián. Y esta *casualidad*, buscada y preparada de antemano, sirvió de pretexto para que los patrocinadores de *Manolete* entablaran una competencia con los del hermano de *Bombita*,

á mayor razón y derecho para obtener las ventajas ó los honores de la antigüedad. Los de aquí defendían, como era natural, el derecho que asiste á una plaza del fuste é importancia como la de Madrid. Y los de allá, negando con sus hechos los cariños que siempre mantuvieron á flor de labio, querían imponer como más antigua la alternativa otorgada en San Sebastián. Y tan empeñados estuvieron los unos y los otros, que hasta se quiso exponer como pretexto que la corrida de allá había empezado un cuarto de hora antes, y hasta se hubiera echado mano de la diferencia del Meridiano en ambas capitales, si la suerte, que fué la que decidió el conflicto, no hubiera dado el derecho de reconocida antigüedad, aunque no legítima, á favor del intrigante hermano de *Bombita*.

Pero como más tarde ó más temprano las aguas vuelven á su cauce, sucedió que *Manolete* volvió á ocupar su puesto en la avanzada, dejando al otro, al favorecido por la suerte, algún tanto rezagado, á pesar de su antigüedad, sostenida primero por las imposiciones de Ricardo, y asegurada después por los caprichos de un inadmisibles azar. La lógica de los números es la más exacta de todas las lógicas. *Bombita III* ha llegado con sustituciones y auxilios de su hermano á 16 corridas. *Manolete* ha pasado de las 36, porque sabe donde tiene su mano derecha, aunque esté ayuno de la otra, que debe ser la de los buenos toreros.

El maestro *Ojitos*, solía reunir durante la temporada taurina en su casa de la calle de Fuenarral á varios de sus íntimos, mientras que el indio entretenía sus ocios en una habitación contigua tocando la guitarra jaleado por su mozo de espadas, muy útil para estos servicios. Asistían á estas íntimas veladas Tomás Mazzantini, Bernardo Hierro, el veterano Zoca y algunos que otros compañeros, que, como aquél, remozaban sus recuerdos. "Cuando yo organicé aquella cuadrilla de niños mexicanos, en la plaza de León, estado de Guanajuato, tenía una idea fija. La de presentar un conjunto perfecto de picadores y banderilleros con sus correspondientes jefes. Uno de estos era Gaona y el otro, un muchacho excelente, valientísimo, simpático, de continente activo y pelo tan ensortijado, que me traía á la memoria la figura de Frascuelo. ¡Y si vieran ustedes con qué seriedad y con qué orden de lidia toreaban aquellos muchachos! Los tenía educados á la voz, y fuera de la plaza me consideraban, no como á un jefe, sino como á un verdadero padre. Un día, por fútiles motivos hubo una insurrección; los muchachos se desmandaron y quisieron vivir y campar á sus anchas sin la tutela del maestro. Luego me enteré que el autor de aquella intentona había sido el señorito Rodolfo, y fué todavía mayor mi sorpresa cuando el mismo Gaona se me presentó humilde y contrito diciéndome con tono meloso:—Maestro. Si los demás le abandonan, yo no le abandono. Quiero seguir con usted.—Francamente, señores, me indignó la audacia del indio, pero reflexionándolo bien y conociendo á fondo las cualidades y méritos del muchacho que era ya una



RODOLFO GAONA

legítima esperanza, varié de modo de pensar. ¿Te atreverías á hacer un viaje por España? ¡Contigo sólo, añadí, sería más fácil la realización de mi empeño! Todos juntos, casi un imposible. Aceptó el indio con júbilo, firmamos nuestro contrato, vinimos á España, hizo su presentación en la plaza de toreros de Puerta de Hierro y ya conocen ustedes mis luchas, mis fatigas y todos mis afanes que hoy doy por bien empleados porque tengo la seguridad de que mi discípulo, dentro de muy poco, será un matador de toros cuajado..

—¿Y no podría suceder—le repliqué tímidamente sin esbozar por entero mi pensamiento—que el que medró al amparo de una trai-

ción, quisiera con otra más coronar toda su obra?

—¡Calle usted, por Dios!—me replicó vivamente el maestro.—Rodolfo me respeta como á un padre y para mí es más que un hijo. Varié rápidamente de conversación y no quise insistir. La excesiva confianza de aquel hombre viejo con un corazón de niño, me produjo honda pena. Por los ojos humildes y siempre inquietos del torero favorito del maestro, había sorprendido en más de una ocasión un relámpago fugaz como si por ellos quisiera asomarse el alma bravia del indio ingrato...

¡Qué alegría la del maestro, cuando al día siguiente de la libertad de Gaona, dictada por un tribunal mexicano, como epílogo de un ruidoso proceso, embarcaba con rumbo á España! ¡Y qué amarga decepción la suya cuando á los dos días de llegar á Madrid, se enteraba por un cablegrama portador de malas nuevas, que el indio, durante la prisión, y mientras él gastaba sus dineros y sus influencias para obtener la libertad de su discípulo predilecto, había nombrado en México como apoderado general á un enemigo del maestro, buscando para ello un recodo de la ley.

Aún no han pasado dos años y el maestro, el pobre é iluso maestro, ¡el explotador! como algunos le llamaban, el que pudo explotar y no explotó, hoy, en pago de tan buenos oficios, ¡no tiene dos pesetas!

¡Y de todos aquellos afanes primeros; de todas aquellas luchas, de aquellas banderas españolas pisoteadas y de aquellos procesos, violaciones y encarcelamientos, no han quedado, si acaso, como recuerdo, más que la guitarra con la que Gaona entretenía sus ocios, y el mozo de espada, eterno *Clarín* de todos los *Segismundos*!

POR qué no baja usted mañana á Vallecas y verá qué buen estilo de matador tiene ese chico Malla?—me decían una tarde los hermanos de *Pepehillo*.—¡Le gustará á usted! Y, en efecto,



Agustín García Malla

tomé el tren y me encaminé á Vallecas en una tarde tristonra, de cuyo año no puedo acordarme. Ello es que al de Malla, fuera de los hermanos Leales, casi no le conocían cuatro amigos en su

pueblo, como torero. Y en aquella tarde se nos esbozó el futuro matador de toros, despachando como buenamente pudo, cuatro bichos de dudosa procedencia, en una plaza, si aquello merecía el nombre de tal, grandísima, cuadrada, hecha provisionalmente de cualquier manera y bien provista de piedras, baches y cascotes. Y á pesar de la mansedumbre de los toretes y de las escasas habilidades de los modestos compañeros del joven Malla, y de las pésimas condiciones de aquel campo yermo, convertido en plaza de toros, por acuerdo de los taurinos ediles del concejo de Vallecas, el muchacho se mostró valiente, se enfiló para adelante con la espada, y demostró, pues en estos casos es cuando más precisa demostrarlo, condiciones de fácil estoqueador. Le abonaba el tipo, para dominar esta suerte, la más difícil del toreo. Yo no sé si sus paisanos ó sus convencinos saldrían satisfechos de esta corrida. Yo creo que no. Los mismos Leales, porque *leales* son los de la casta de *Pepehillo*, movían, al verme, la cabeza á modo de disculpa. ¡La tarde, los toros y la plaza no habían sido á propósito! ¡En fin, otra vez sería! ¿Y qué le íbamos á hacer, señor? A mí, confieso que en principio me agradó lo que le ví en aquella tarde. Por eso no me extrañó que después viniera á Madrid é hiciera lo que hizo para colocarse de un golpe á la cabeza de la novillería militante, llegando hasta figurar como último espada en una corrida de toros con matadores de las hechuras y nombradía de *Algabeño* y Gaona. Estaba el camino demasiado expédito y el horizonte excesivamente despejado para que pudiera caminar sin tropiezos el joven y futuro matador de toros de Vallecas, y algún iluso, erróneo ó torpe, se encargó de colocar las dificultades que habían

de poner en entredicho la suerte del afortunado mortal que tan brillantemente había comenzado su carrera sin contratiempos, ni disgustos.

No sé á quién, y mal hizo quién tal hizo, se le ocurrió romper las hostilidades con la empresa de la plaza de Madrid por una novillada más ó menos, y en su consecuencia el joven de Vallecas se marchaba despechado á la plaza de Vista Alegre, para que allí le confirieran una alternativa de segundo orden. Restablecidas las cosas y cada una en su lugar, volvió el de Malla á su plaza, que nunca debió abandonar. Al retornar no era como antes de flores el camino. El pobre mozo, con el desaliento del que ha sufrido una equivocación, volvía contrito, pero dejándose algunos girones de entusiasmo en su camino. Y aconteció que el que pudo sentar sus reales en la plana mayor de matadores de toros al haber tenido más calma y más sosiego, cuando vino aquí, y en una sola corrida, la de la confirmación de su alternativa, su trabajo, con ser bueno, quedó totalmente oscurecido por el éxito que obtuvieron sus compañeros.

Los números tienen una elocuencia aterradora, como sostuve al hablar de Manolète. El joven de Vallecas ha toreado ocho corridas, cuando con el mismo esfuerzo pudo torear este año cuarenta. Ante la escasez de sus contratos, han quedado oscurecidas tardes tan afortunadas como la de su presentación en Madrid y la que toreó en Barcelona con Vicente Pastor. Y el pobre mozo, arrepentido quizás, y no queriendo dejar en el vacío sus energías al ver la insignificancia de su campaña, tomó el vapor, y como otros varios, se embarcó para Lima, último refugio de los despechados ó de los que no quieren malgastar sus energías en la inercia.

¡Qué lástima que este chico no sea español!—nos decía en sus ratos de intimidad, refiriéndose á Gaona, el maestro *Ojitos*, y perdona, lector, que en estas impresiones te coloque las palabras del maestro, pues no en balde el antes citado diestro y Luis Freg tuvieron los mismos principios, aunque fueran distintas sus condiciones. Yo no sé si fué el despecho ó fué la vocación del veterano Saturnino ó ambas cosas á la vez las que le indujeron á enseñar á este nuevo discípulo la escondida senda por do han ido los pocos diestros que en el mundo han sido...

Si conociera las intimidades del torero Luis Freg, como conozco las de varios que aparecen en este libro, quizás pudiera decirte algo, estimado lector. Y si Saturnino Frutos, el antiguo diestro ó el maestro *Ojitos*, no hubiera sido tan ingrato con los buenos amigos que aquí dejó—como si en nosotros hubiera querido vengar los desdenes que para él tuvo, al finalizar su contrato, el indio de León—quizás pudiera decirte algo más, lector amable y complaciente. Luis Freg, según dicen, desciende de españoles, y tiene por naturaleza y herencia algo de lo que buscaba el maestro entre sus discípulos cual nuevo Diógenes, y con la fe de sus entusiasmos, y quizás ésta fuera la causa de que el uno y el otro se entendieran. ¿Y por qué ambos no siguieron juntos en otra aventura como aquella, de la cual tan bien librado salió Gaona? ¿Por qué no terminaron su loable empresa? ¿Y por qué el maestro no se atrevió con una segunda expedición, ya que conocía los resortes necesarios como producto de aquel temerario y arriesgado

aprendizaje? Preguntas son estas lector, que me las hago á mí mismo, y como soy yo el que las hace, no es fácil que yo mismo me dé la contestación.

Luis Freg, sobre el indio tiene un tanto ganado: hay más altivez en la cara, mirada más franca y más noble, temperamento más cálido y, sobre todo, una valentía desarrollada en toda la medida. Le faltará la finura, la suavidad y el arte del otro, ¡y quién sabe si de todo esto la culpa será del mismo interesado, ya que tan pronto, sin estar hecho ó menos cuajado, abandonó las enseñanzas del maestro, y comenzó á navegar por cuenta propia! El único mérito de Gaona, dejando á un lado su comportamiento, fué, precisamente, el de convencerse asimismo y el de no abandonar la tutela de *Ojitos* hasta que se vió como matador de toros y con toda la propaganda hecha á su favor, que es una de las dificultades mayores con que suele tropezar cualquier advenedizo como lo era él en aquella ocasión.

Entre Gaona, sumiso, y Luis Freg, altivo, prefiero la altivez de éste á la hipócrita sumisión del otro. Aquél tuvo la paciencia de esperar hasta que, posesionado de sí mismo, pudo dar el zarpazo al maestro, como antes lo había dado á sus compañeros. Luis Freg, no tuvo calma. Menos sumiso ó más noble, sacudió la tutela paternal, y sin completar sus lecciones embarcó para España, desoyendo los consejos del preceptor. ¿Fué esta la causa del alejamiento de *Ojitos* de este su segundo discípulo? Quizás. El maestro, después de lo pasado, no podría presentar, refrendado con su

firma, otro ejemplar que no estuviera á la altura de su reputación. Y han sido lástimo-



LUIS FREG

los el desvío del uno y la precipitación del otro, porque en Freg hay una valentía franca y un arrojo sereno.

Yo no soy supersticioso, ni lo he sido en mi vida, ni creo que lo seré, porque esta preocupación me ha parecido siempre una de las mayores tonterías del mundo. Y como yo no soy supersticioso, me imagino que los demás tampoco lo son ó por lo menos no debían serlo. Y en este sentido voy á hablar de un torero que todavía no ha confirmado su alternativa en Madrid. ¿Por qué? Lo ignoro. Otros, con menos bagaje taurino, y quizás con más impedimento, han obtenido esta merced. Pero la vida es más larga de lo que parece, y en su día, y á su vuelta de tierras mexicanas, quizás vea colmada su aspiración este matador de toros valenciano. No voy á señalar los méritos ó lunares de Isidoro Martí Flores, pues esta no es la labor que me impuse al escribir estas impresiones. Este diestro se ha hecho en la plaza madrileña, y desde luego, el público de la corte aprecia su labor en lo que vale, y en lo que vale, la estima.

De Valencia he conocido tres toreros, muertos trágicamente. *Punteret* y los hermanos *Fabrilo*. Para mí, el más completo fué Joaquín Sanz *Punteret*, natural de Játiva y herido mortalmente en Montevideo. Por aquel entonces no valoraba en su justo medio el trabajo de aquel artista tan completo y tan perfeccionado en cuantas suertes ejecutaba. Pero á medida que los años han venido avanzando, quizás con demasiada rapidez, he comprendido, por las enseñanzas y prácticas de los actuales, lo que aquél valía. Julio Aparici *Fabrilo*, no llegó al perfeccionamiento del anterior, pero en cambio fué uno de los artistas más vistosos que he admirado en el toreo. Fácil y suelto con el capote y la muleta, gentil y artístico con los palos, y siempre esbelto en todo cuanto hacía. Era,

en suma, un buen torero, simpático y atrayente, que con su arte exquisito salvaba los escollos del no siempre afortunado estoqueador. Su hermano Paco, de líneas más duras, fué fuerte en la brega, pero no llegó, ni con mucho, á las filigranas de aquellos artistas que conocí en mis mocedades.

Flores es hoy, dentro de los toreros valencianos, el que más se aproxima á la medida y hechuras de Julio Aparici *Fabrilo*; tiene la escuela de aquél, y si me apuran, mayor habilidad para defenderse sin comprometer el éxito, cuando los toros traen dificultades, y como aquél adolece de los mismos defectos, aunque á veces ataca derecho, pero sin las hechuras de un consumado y perfecto

estoqueador. Y creo que con este detalle comprenderás, lector, si has vivido con tus aficiones en los tiempos de aquel *Fabrilo*, lo que es en la actualidad Isidoro Martí y en caso contrario, conociendo lo que es *Flores*, podrás adivinar lo que fué aquél. Valencia ha sido plantal de buenos toreros y de este plantal han brotado banderilleros superiorísimos en todas las épocas. En cambio los matadores secos y duros, han sido escasos. *Punteret* fué una excepción de la regla, como lo es en los tiempos presentes *Valenciano*.

Al hablar de estos diestros, yo hubiera querido decir algo más de los diferentes toreros que he conocido en la región levantina. Pero el espacio de que dispongo en cada impresión, está limitado y no puedo ir más allá de lo que marca la extensión de una página. Así es, que volviendo al tema de *Flores*, te diré lector, que para mí, sin llegar, claro, á una primera figura, es de lo más compuestito que hay por esos mundos y que bien merecida tiene una confirmación en la plaza de Madrid, ya que otros, sin tan limpia historia, y sin antecedentes conocidos, han sido agraciados con tal galardón que hoy por hoy es de una necesidad imperiosa para figurar en el escalafón de matadores de toros. Además, *Flores* tiene en su abono una alternativa en la plaza de Sevilla, donde se afina el toreo y no se prodigan tan fácilmente estas mercedes con toreros de otras regiones; una alternativa, otorgada en ferias de San Miguel, después de un riguroso examen de varias novilladas. Por lo demás, digo de él, lo que he dicho de los otros y lo que he repetido en distintas ocasiones. Cuando el torero obtiene ó confirma su alternativa, es precisamente cuando comienza á ser torero.



Isidoro Martí (Flores)

Se pintado ó descrito los tres aspectos de los toreros mexicanos que han venido á España. Vicente Segura, Rodolfo Gaona y Luis Freg, ó sean, la afición, el arte y la valentía. Falta un caso más: el de Pedro López, que no por chico ni por grande debe quedar en el silencio. Este muchacho formó parte integrante de la cuadrilla de *Toreros mexicanos*, que con dudosa fortuna debutó en Madrid, y con más acierto recorrió después varias plazas españolas. Figuraban en ella como matadores Lombardini y Pedro López, y si la valentía decidida de éste, salvó en más de una ocasión las incertidumbres de su compañero, en cambio, las habilidades de Lombardini nunca sacaron á flote las desigualdades del matador. Y sucedió que á pesar de haber en la cuadrilla buenos toreros de á caballo y aceptables toreros de á pie, no pudieron continuar en la forma convenida, y cada cual, por su cuenta y razón, buscó mejor acomodo dónde y como pudo. Pedro López, más decidido que ninguno, y viendo que su valentía resultaba estéril, lanzó el grito de rebelión y se separó de sus compañeros, sabiendo, como así ha sucedido, que los elementos que antes habían figurado como amigos durante los años del cautiverio ó de la explotación, después, en la propaganda, habían de convertirse en sus más acérrimos é implacables enemigos.

Los que organizaron esta cuadrilla mexicana se atuvieron al primitivo proyecto del maestro *Ojitos*, cuando Gaona era un soldado de fila á las órdenes de su jefe. Pero el maestro, gran conocedor de lo que son estos nego-

cios, aprovechó la traición del indio, soltó las amarras y vino á España para mostrarnos lo que constituía el producto líquido de sus lecciones y enseñanzas.

De haber seguido con la cuadrilla según nos confesaba, no hubiera venido á España. Una figura sola y con elementos españoles, cabía en cualquier combinación. Una cuadrilla completa, con dos matadores y diez hombres más de impedimenta, era más difícil de encajar, aunque estuviera compuesta de elementos valiosos, los cuales, cuanto más valiosos, más próximos estaban á desmembrarse.

Vicente Segura vino al amparo de sus millones; Rodolfo Gaona, del brazo del maestro, y Luis Freg, sin fámulos ni dómines, pero con dinero para sostenerse con decoro, si los obstáculos dificultaban su avance. Pedro López ha sido *La Cenicienta* de la casa. Vino en pelotón, en comunidad ó en cuadrilla sin más consigna que la de obedecer al amo y torear cuando el amo mandaba. Y cuando quiso desembarazarse de tan pesada tutela, se encontró sólo, sin amigos é ignorante de este extraño mecanismo que los toreros de hoy emplean para darse á conocer. Pero ¡bah! tiene veintidós años y valentía y ya es matador de toros, y con afición y juventud se va á todas partes.

El pobre Pedro López ha de luchar más que los otros, por eso mismo que en la propaganda primera resultó una unidad de la razón social. En esta batalla, que batalla es y descomunal con la vida misma, ha de exponerse más, bastante más que los otros, los que vinieron con viento en popa.



PEDRO LÓPEZ

GUÍA TAURINA.-Matadores de toros.

Agustín García Malla.—Apoderado, don Manuel Pintado, Príncipe, 9. Madrid.

Antonio Boto (Regaterín).—Apoderado, D. Manuel G. Cabello. San Vicente, 16, Madrid.

Antonio Moreno (Moreno de Alcalá).—Apoderado, D. Fernando Soriano, Leganitos, 15, 2.º. Madrid.

Carlos Lombardini.—Representante en España, D. Mariano Armengol. Plaza de toros de Barcelona, y D. Emilio Escalante, Pez, 17. Madrid.

Castor Ibarra (Cocherito).—Apoderado, D. Juan Manuel Rodríguez. Ave María, 29, 1.º. Madrid.

Diego Rodas (Morenito de Algeciras).—A su nombre, plaza de Ponce de León, 7. Sevilla.

Francisco Martín Vázquez.—Apoderado, D. Julio Herrera, Rosario, 6. Sevilla.

Gregorio Taravillo (Platerito).—A su nombre, S. Hermenegildo, 12 y 14. Madrid.

Isidoro Martí (Flores).—Apoderado, D. Manuel Rodríguez Vázquez, Miguel Servet, 17 pral. Madrid.

José Carmona (Gordito).—Apoderado, D. Pedro Ibáñez Mayenco, Concepción Jerónima, 25. Madrid.

José García (Algabeño).—Apoderado, D. Jacinto Jimeno. Mercaderes, 92, Sevilla.

José Moreno (Lagartijillo chico).—A su nombre, San Antón, 55, Granada, ó á su apoderado, D. Manuel Acedo, Latoneiros, 1 y 3, Madrid.

Juan Sal (Saleri).—Apoderado, D. Enrique Bescós. Goya, 38. Madrid.

Julio Gómez (Relampaguito).—Apoderado, D. Saturnino Vieito (Letras). Tres Peces, 16, principal, Madrid.

Luis Freg.—A su nombre, Jardines, 15, Madrid.

Manuel Dionisio Fernández.—Apoderado, D. Antonio Huertas, San Eloy, 5. Sevilla.

Manuel González (Rerre).—A su nombre, Venera, 11. Sevilla.

Manuel Megías (Bienvenida).—Apoderado, D. Angel Tejero. León, 20 y 22. Madrid.

Manuel Rodríguez (Manolete).—Apoderado, D. Ricardo Mediano y Gil. León, 17, "La Cordobesa", ó á su nombre, en Córdoba, Lagartijo, 5.

Pacomio Peribáñez.—Apoderado, don José García Fernández, don Pedro, 6. Madrid y D. Ignacio Peribáñez, Teresa Gil, 22. Valladolid.

Pedro López.—Representante en España, D. Mariano Armengol. Plaza de toros de Barcelona, y D. Emilio Escalante, Pez, 17. Madrid.

Rafael Gómez (Gallito).—Apoderado, D. Manuel Pineda, Santiago, 1, Sevilla.

Rafael González (Machaquito).—Apoderado, D. Rafael Sánchez (Bebe). Plaza de Colón, 36, Córdoba.

Ricardo Torres (Bombita).—A D. Manuel Torres, Reyes Católicos, 3, Sevilla.

Rodolfo Gaona.—Apoderado, D. Juan Cabello, Plaza del Rey, 5, Madrid.

Tomás Alarcón (Mazzantinito).—Apoderado, Cecilio Isasi, Huertas, 69. Madrid.

Vicente Pastor.—A su nombre, Embajadores, 9, Madrid.

GUÍA TAURINA.-Matadores de novillos

Alfonso Cela (Celita).—Apoderado, don Manuel Rodríguez Vázquez, Miguel Servet, 17, Madrid.

Agustín Dauder.—Apoderado, D. Salvador Muñoz García, Gracia, 30. Valencia.

Ambrosio Sarmiento.—Apoderado, don Ignacio Manuel Rodríguez, Santa Lucía, 12, Madrid.

Ángel Herrero (Cantaritos).—Apoderado, D. José García Puch, Toledo 64. Madrid.

Antonio Álvarez (Alvarito).—Apoderado, D. Carlos Sopena. León, 17, Madrid.

Antonio Bejarano (Torerito).—Apoderado en Córdoba, D. Antonio Barazal Palma, Osario, 18 y representante en Ciudad Real D. Ricardo Sabater y Mira, Libertad, 17.

Antonio Blanco.—A su nombre. Bastero, 15 y 17. Madrid.

Antonio Mata (Copao).—A su nombre, Blanes, 3. Valencia.

Arturo Villaplana (Sastrillo).—A su nombre, San Antonio de Padua, 8, 1.º Barcelona.

Baldomero Sánchez (Guerrilla).—Apoderado, D. Armando G. San Julián, Cruz, 30, principal, Madrid.

Carlos Nicolás (Llavero).—Apoderado, D. Manuel Rodríguez Vázquez, Miguel Servet, 17, Madrid.

Casimiro Castellote (Vallecano).—Apoderado, D. Pedro Bacho Enguita. Sagunto, 18, 2.º, izqda. Madrid.

Cándido Espés (Espesito).—Apoderado, D. Ricardo Olmedo, Bastero, 11, 3.º izquierda, Madrid.

Cuadrilla de jóvenes Cordobeses: Juan Molina Martínez (Lagartijo Chico) y Luis González Madrid (Machaquito Chico).—Apoderado, D. José González Madrid. Espejo, 4. Córdoba.

Cuadrilla de Niños Sevillanos.—Limeño y Gallito menor.—Representante, D. Juan Manuel Rodríguez. Ave María, 29. Madrid.

Eduardo Serrano (Gordet).—Apoderado, D. Manuel G. Cabello. San Vicente, 16, Madrid.

Emilio Cortell (Cortijano).—Apoderado, D. Eduardo Carrasco Jiménez, Medellín, 40. Talavera de la Reina.

Enrique Martínez (Cuadrato).—Apoderado D. Isaac Madrigal Fernández, Mayor, 3, Albacete.

Enrique Pérez Ferrando, antes Torerito de Valencia.—Apoderado, Don Saturnino Vieito (Letras). Tres Peces, 16, principal, Madrid.

Eusebio Fuentes.—Apoderado, D. Bonifacio Hernández, Velarde, 6. Madrid.

Francisco Pérez (Aragonés).—Apoderado, D. Pedro Sánchez González. Lonja de la Cárcel, 16. Salamanca.

Francisco Vila (Rubio).—Apoderado, don Victorio Muro, Claudio Coello, 83, Madrid.

Fernando de la Venta.—A su nombre, Visitación, 3. Madrid.

Hipólito Carrasco (Cuatrodedos).—Apoderado, D. José Carrasco Rodríguez, Tres Peces, 4. Madrid.

Hipólito Zumel (Infante).—Apoderado, D. Ricardo Villamayor, Barquillo, número 1, Madrid.

José Álvarez (Tabernerito).—Apoderado D. Juan Cruz López. Elcano, 6. Bilbao.

José Escobar.—A su nombre, Plaza de San Pedro, 2. Sevilla.

GUÍA TAURINA.-Matadores de novillos

José Frutos (Frutitos).—Apoderado, don Julio Espinosa, Biencinto, 6. Puente de Vallecas.

José Montes.—A su nombre, Olivar, 10. Madrid.

José Quirós (Carpinterito).—Apoderado, D. Luis García Baquero. Arlabán, 9. Madrid.

Juan López (Camisero Chico).—Apoderado, D. Fernando Rodríguez, Arco del Teatro, 25, Barcelona.

Julián Llorente (Alcarreño).—Apoderado D. Ramón Reboredo, Mendizábal, 29, principal, Madrid.

Lorenzo Martín (Martinito).—Apoderado, D. Bonifacio Hernández Vergara, Marqués de Santa Ana, 4, 2.º interior, ó á su nombre plaza de los Mostenses, 1, Madrid.

Luis Guzmán (Zapaterito).—Apoderado, D. Federico Escobar, Santas Patronas, 44. Sevilla, ó á su nombre, Visita-ción, 12. Madrid.

Manuel García (Espartero II).—A su nombre, Gravina, 34, Sevilla, ó á su apo-derado, D. Braulio Almaraz. Puerta Za-mora, 2, Salamanca.

Manuel Martín (Vázquez II).—Apodera- do, D. Julio Herrera, Rosario, 5. Se- villa.

Manuel Rodríguez (Mogino chico).—Apoderado, D. José R. Alonso Candela, Santa Victoria, 9, Córdoba.

Mariano Merino (Montes II).—Apode- rados, D. Francisco Priego. Herradores, 10, Madrid, y D. Lorenzo Díez. Ataraza- nas, 14, Santander.

Matías Lara (Larita).—Apoderado, don Francisco Casero Varela, Magdalena, 34, Madrid.

Miguel Martí (Petreño).—Apoderado, D. Enrique Gómez Jiménez, San Bernar- dino 1, 2.º, Madrid.

Pascual González (Almanseño).—A su nombre en Almansa.

Pedro Pavesio (Formalito).—A su nom- bre, en Valladolid.

Pablo Castillo (Castillito).—Apodera- do, D. Argimiro Castilla, Pasaje de Gu- tiérrez, letra A. Valladolid.

Ramón Martínez (Agujetas, Hijo).—Apoderado, D. Cecilio Isasi Verdet, Huer- tas, 69, Madrid.

Ricardo Moreno (Onofre chico).—Apoderado, D. Miguel Bravo, Conde Arenales, 15. Córdoba.

Rodolfo Rodarte.—Apoderado, D. Ma- nuel Salvatella, Hotel Comercio, Bilbao y D. Mariano Armengol, Plaza de toros, Barcelona.

Serafín Ibáñez (Corcelito).—Apodera- do, D. Arturo Millot. Silva, 9, pral. Ma- drid.

Serafín Vigiola (Torquito).—Apodera- do, D. Victoriano Argomaniz, Hortaleza, número 47, Madrid.

Trini Pérez (Machaquito de Sevilla).—Apoderado, D. Francisco Pérez, Jeró- nimo Hernández, 23. Sevilla. Represen- tante en Madrid, D. Pedro Moreno Gar- cía, Aduana, 4.

Tomás Sánchez Perlita.—Apoderado, D. José Carrasco Rodríguez. Tres Peces, 4, Madrid.

Vicente Aznar (Almendro).—A su nom- bre, Génova, 5. Madrid.

Vicente Sanz (Matapozuelos).—Apo- derado, D. Arturo Grande. Tres Peces, 18, Madrid.

Zacarías Lecumberri.—Apoderado, don Alberto Zaldúa. Iturrubide, 36, fábrica. Bilbao.

GUÍA TAURINA.-Ganaderos de toros

Albarrán, Manuel.—Representante en Madrid, D. Francisco Munaiz González. Alcalá, 106, Madrid.

Arroyo, Antonio.—El Molar (Madrid).—Representante, D. Arturo Millot, Silva, número 9, pral, Madrid.

Arroyo, Mariano, de Ventas con Peña Aguilera.—Toledo.

Bañuelos, Prudencia.—Colmenar Viejo.

Benjumea, Herederos de.—Sevilla.

Campos, Antonio.—Sevilla.

Campos Sánchez, Gregorio.—Arroyo-molinos de León (Huelva).

Cortés Rodríguez, Victoriano.—Gualix de la Sierra, Madrid.

Conradi, Carlos.—Sevilla.

Flores, Agustín.—Peñascosa.—(Albacete.) Representante en Madrid, D. Manuel Rodríguez Vázquez, Miguel Servet, 17.

Flores y Flores, Sabino.—Peñascosa, (Albacete.)—Representante en Madrid, D. Manuel Rodríguez Vázquez, Miguel Servet, 17.

Flores, Valentín.—Peñascosa (Albacete.)

Gama, D. Luiz da Obidos (Portugal).—Representante, D. Arthur Telles. Rua Nova do Almada, 77, Lisboa.

González Nandín, Juan.—Sevilla.

Guerra, Antonio.—Córdoba.

Hernández, Esteban.—Plaza del Angel, Madrid.

Jiménez, Romualdo.—(La Carolina).

López Quijano, Jenaro.—Siles (Jaén).

López Plata, Antonio.—Sevilla.

Lozano, José.—Priego.

Marqués de Llen.—Prior, 7, Salamanca.

Manuel y José García, antes Aleas.—Colmenar Viejo.

Miura, Excmo. Sr. D. Eduardo.—Sevilla.

Moreno Santamaría, José.—Sevilla.

Murube, Sra. viuda de.—Federico Rubio, 12, Sevilla.

Muriel, Vicente.—Salamanca. Sanchón de la Sagrada. Castroverde.

Olea, Eduardo.—La correspondencia á su Representante, D. Tomás Mazzantini, Fortuny, 2, Madrid.

Pablo Escorial é hijos, antes Mazpule. Representante, D. Ricardo Romero. Augusto Figueroa, 8, pral, Madrid.

Pablo Romero, Felipe.—Sevilla.

Pérez de la Concha, Hermanos.—Sevilla.

Pérez Tabernero (D. Graciliano y don Argimiro).—Matilla de los Caños. (Salamanca).

Pellón, hoy D. Mariano Torres y don Vicente Bertólez.—Representante, don Cecilio Isasi Verdet, Huertas, 69, Madrid.

Ripamilán, hoy D. Manuel Lozano.—Representante y apoderado. D. Juan Morales, Vinaroz; y en Madrid, D. Cecilio Isasi, Huertas, 69.

Santa Coloma, Excmo. Sr. Conde de.—Princesa, 25, Madrid.

Sánchez, Juan Manuel.—Carreros, (Salamanca.)

Santos, Manuel.—Sanchón de la Sagrada, Salamanca.

Sanz, Patricio.—San Agustín, Madrid.

Sres. Hijos de D. Vicente Martínez,—Representante, Fernández Martínez (Julían). Colmenar Viejo.

Soler, Sra. Viuda de.—Badajoz

Urcola, Félix.—Albareúa, 47, Sevilla.

Valle, Teodoro, (hoy propiedad de don Dionisio Peláez). Jorge Juan 25, Madrid

Veragua, Excmo. Sr. Duque de.—Madrid

Villagodio, Excmo. Sr. Marqués de.—Licenciado Pozas, 4, Bilbao.



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas .

Número.. 129 | Precio de la obra.....

Estante.. 1 | Precio de adquisición.....

Tabla.... 3 | Valoración actual.....

Número de tomos..



